

LA VISIÓN DEL OTRO EN UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES, DE LUCIO V. MANSILLA

MARÍA LYDIA POLOTTO SABATÉ ¹

Fecha de recepción: marzo de 2011

Fecha de aceptación y versión definitiva: junio de 2011

RESUMEN: En este artículo intentamos abordar, a partir del análisis de la obra de Lucio Mansilla *Una excursión a los indios ranqueles*, cómo la identidad argentina se ha construido —desde fines del siglo XIX— a partir de la negación de la «otredad», es decir, con un signo negativo. También indagaremos en las violencias que se ejercen a partir del uso del lenguaje con el fin de anular al Otro y cómo ese Otro se ha ido desplazando a lo largo de la Historia en diferentes agentes sociales. Por último, reflexionaremos acerca de cómo hoy en día Occidente impone sus modelos mentales para ejercer una influencia cultural para monopolizar y homogeneizar el discurso ideológico sobre la identidad y los valores.

PALABRAS CLAVE: Literatura argentina, Estudios culturales.

The view of the otherness in **Una excursión a los indios ranqueles,** *by Lucio V. Mansilla*

ABSTRACT: In this article we will try to tackle how the Argentinean identity has been built-up, since the end of the 19th century, by the denial of the «otherness». This observation will be made by analyzing Lucio Mansilla's book *Una excursión a los indios ranqueles*. We will also make inquiries on the violence that is exerted from the use of the language focused on the annulment of the Other and how does that Other has been displaced throughout the History in different social agents. To finalize, we will consider how nowadays Occidental World imposes its mental models to exert a cultural influence to monopolize and homogenize the ideological speech on identity and values.

KEY WORDS: Argentinean literature, Cultural studies.

¹ Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones Universidad Pontificia Comillas. E-mail: mlpolotto@iem.upcomillas.es

«Ahora bien, el sentimiento de la identidad se funda en el odio, en el odio hacia los que no son idénticos. Hay que cultivar el odio como pasión civil. El enemigo es el amigo de los pueblos. Hace falta alguien a quien odiar para sentirse justificados en la propia miseria. Siempre».

UMBERTO ECO (*El cementerio de Praga*).

1. EL PROBLEMA DEL OTRO

El tema de la alteridad es quizá uno de los más estudiados por los pensadores del siglo xx. El gran trauma que causó la Segunda Guerra Mundial en la historia de occidente ha llevado con mucha frecuencia al planteo de cómo cada sociedad o cada individuo logra la asimilación de una sociedad, cultura o individuo diferente. El revisionismo histórico, el desarrollo de los tratados sobre Derechos Humanos y la globalización, han conseguido que el tema del *Otro* se instale como un tema de constante debate en la actualidad.

Antes de adentrarnos en la visión de los indios que se vislumbra en la obra de Mansilla, es interesante tener en cuenta, en primer lugar, que el tema del conflicto con la alteridad existe desde que el hombre es hombre y ha sido más o menos documentando dependiendo del período histórico y de la trascendencia que determinadas acciones bélicas o de otro tipo han tenido sobre la Civilización. Hoy —como dijimos— es un tema de debate central que se va desplazando a lo largo del tiempo y depende de la cultura, país o sociedad en la que nos adentremos: el aborígen, el judío, el musulmán, el inmigrante. Siempre hay un *Otro* y una actitud que una sociedad toma en conjunto con respecto a él.

2. LA VISIÓN DEL INDIO EN EL IMAGINARIO ARGENTINO DEL SIGLO XIX: CIVILIZACIÓN O BARBARIE

No fue —desde luego— Mansilla el primero en ocuparse del tema del indio en la literatura argentina. Antes, fue la Generación del 35 a través de autores como Esteban Echeverría, en donde se plantea el bien conocido binomio que articularía Sarmiento más tarde en su «Facundo»: civilización/barbarie.

La necesidad de crear un enemigo a la civilización fue, de alguna forma, una manera de comenzar a fundar los cimientos de una incipiente identidad argentina que se conformaría siguiendo los modelos culturales de Europa. Por otra parte, la justificación ideológica para la conquista de los territorios de la Pampa y la Patagonia radicó en esa misma necesidad de afianzamiento del concepto de «lo nacional», en donde, como no podía ser de otra manera, el indio no formaba parte del proyecto de nación que se quería llevar adelante.

Es la civilización occidental quien establece el sentido de lo que es la «barbarie». Son los criollos argentinos quienes determinan los criterios mediante los cuales se emiten los juicios de valor. Esta distribución de los roles determina quién se encuentra en una posición dominante.

Todo este proceso de construcción lingüística y la conformación de un ideario cultural terminaron de convencer a la sociedad argentina del siglo XIX de que la exterminación del componente indígena era necesaria para el establecimiento de la nueva nación. La imposibilidad de convivencia con el *Otro* radica en la necesidad del afianzamiento de la identidad nacional que se refuerza más en la negación de la *otredad* que en la afirmación de los rasgos propios. De esta manera, la idiosincrasia argentina se establece a partir de un signo negativo: «yo no soy el otro». Pero muchas veces, incluso hoy en día, queda vacante el interrogante de «¿quién soy yo?».

Mansilla, desde el primer momento, se hace eco de esta contraposición. Cuando describe su expedición a «(...) nuestras pampas y ve las costumbres primitivas de nuestros pobladores salvajes» (Mansilla, 1890), está ya pre-disponiendo al lector y emitiendo un juicio de valor sobre una cultura que desconoce, o que conoce sólo de modo superficial, pero que —con seguridad— no comprende.

3. LA VISIÓN DE MANSILLA

En la obra de Mansilla, el panorama histórico y cultural de la época que hemos descrito antes, determina una actitud bastante concreta con respecto a la visión del *Otro* o del indio. Pensemos en el hecho de que Mansilla toma parte activa en la llamada Campaña del Desierto.

Mansilla responde al pensamiento que era característico de la sociedad argentina en aquella época. Todorov en su libro *La conquista de América: el problema del Otro*, afirma que existen varias formas de concebir al *Otro*: 1. como una abstracción; 2. como una instancia de configuración psíquica de todo individuo; 3. como el *Otro*; 4. el *otro* y *otro* en relación con el *yo* o bien, y 5. como un grupo social concreto al que *nosotros* no pertenecemos (Todo-

rov, 1982: 195). Esta última alternativa nos acerca a la posición que Mansilla sostiene en esta obra: en la contraposición de «nosotros/ellos» se esconde la contraposición entre «civilización/barbarie». Si «nosotros» representamos el «progreso», los *Otros* representan el «retraso». Y este juicio de valor que emite una cultura europeocéntrica como lo era la cultura argentina del siglo XIX (¿era?) hace que, automáticamente, una concepción del mundo prevalezca sobre otra concepción y de allí podemos desprender que el primer acercamiento hacia el conocimiento del *Otro* en Mansilla se realiza desde un sentimiento de superioridad (Todorov, 1982: 50)². Uno de los problemas que surge durante la percepción del *Otro*, según apunta Todorov, es la tendencia al asimilacionismo (Todorov, 1982: 50) que, por momentos, vemos en el relato de Mansilla. Si los indios son iguales a *nosotros*, luego proyectamos nuestros valores sobre estos últimos, imponiéndoles de forma unilateral nuestro propio sistema de pensamiento. Otro de los acercamientos posibles podría ser negar en el indio la existencia de una sustancia humana y, por lo tanto, esto acarrearía el sentimiento de superioridad del que hablábamos antes. Estas dos vías de acercamiento al *Otro* descansan en un egocentrismo que se traduce en confundir mis valores con los valores en general (Todorov, 1982: 50) y, por lo tanto, juzgar de acuerdo a parámetros culturales diferentes. Mansilla parece, a veces, hasta políticamente correcto para su época pero está perfectamente convencido de que su sistema de valores, más concretamente su idea de progreso, es la idea correcta y tiene la convicción de que los territorios ocupados por los ranqueles pertenecen legítimamente al gobierno argentino.

Un ejemplo de cómo se ejerce esta superioridad lo podemos ejemplificar en el plano de lo lingüístico. Mansilla renombra las cosas que ya tenían un nombre en lengua indígena; se ve en la necesidad de traducir a su amigo Santiago los nombres de los lugares. Este acto de renombrar tiene implicaciones en el plano de lo simbólico ya que la conquista no sólo se ejerce sobre el espacio sino también sobre el bien cultural máspreciado por cualquier comunidad que es la lengua. Cuando Mansilla traduce los nombres originales al castellano los vuelve a bautizar, ejerce una violencia en el plano de lo lingüístico despojando a esos lugares de reminiscencias de sus antiguos dueños. Darle un nuevo nombre a los lugares «equivale a tomar posesión de los mismos» (Todorov, 1982: 35):

«(...) de la Ramada Nueva, y buscando la derecha de la frontera sur de Santa Fe, sigue la línea por la laguna número siete, llamada así por

² TODOROV, en *La conquista de América*, habla de tres formas de concebir la «otredad». Una de ellas es explicada en este estudio y es el «asimilacionismo». Pero también dice que la forma más usual de concebir al *Otro* es a través de la «diferencia». Y esta diferencia, según Todorov, siempre se traduce en términos de superioridad o inferioridad (p. 50).

los cristianos y por los ranqueles Potálauquen, es decir, laguna grande: potá es grande y lauquen, laguna» (Mansilla, 1890).

Este desplazamiento no sólo se da al hablar de los lugares sino también al referirse al *Otro*. Vemos que muchos de los indios que Mansilla encuentra en su expedición tienen dos nombres: el original, en lengua indígena y un nombre en castellano. Como dice Todorov: «como si el uso del español no fuera una convención entre otras, sino el estado natural de las cosas» (Todorov, 1982: 37). También es interesante ver que Mansilla presta atención a las lenguas indígenas, no en un intento de comprender al *otro*, sino como mero ejercicio intelectual. Frecuentemente, se burla de algunas de las costumbres de los indios:

«(...) no hay idea de lo cómico y ceremonioso que son estos bárbaros. Si el cacique recibe durante el día veinte capitanejos, con los veinte cambia las mismas preguntas y respuestas, empezando por preguntarles por el abuelo, por el padre, por la abuela, por la madre, por los hijos, por todos los deudos, en fin» (Mansilla, 1890).

En Mansilla la visión del indio como *bárbaro* tiene una trayectoria oscilante. Por momentos alaba determinadas cualidades de los indios y en otros momentos —cuando el comportamiento de éstos interviene con su propio sistema de valores— los trata de *salvajes*. Además de cierta tendencia a la generalización, que resulta del juicio temerario que un sujeto instalado dentro de un paradigma cultural hace de otro sujeto instalado en un paradigma cultural completamente diferente, a veces parece que los cumplidos que en ocasiones profiere a los indios o las críticas hacia la civilización, también constituyen otro rasgo del esnobismo de Mansilla: «(...) es indudable que la civilización tiene sus ventajas sobre la barbarie, pero no tantas como aseguran los civilizados» (Mansilla, 1890). Luego de hacer esta afirmación, entrará en una de las tantas disgresiones que contiene el libro y que se corresponden con el carácter ligero del autor para tratar casi todos los temas y que, normalmente, se centran en banalidades: «(...) ¿pues, y por qué no ha de haber inspectores de hoteles?» (Mansilla, 1890). Por otra parte, el sentimiento de superioridad también se manifiesta en la suerte de paternalismo que adopta Mansilla cuando se refiere al indio y, en todo caso, él habla bien de los indios pero nunca habla a los indios más que de cosas superficiales. «Sólo dirigiéndonos al *Otro*, dialogando con él, es como lo «reconozco una calidad de sujeto» (Todorov, 1982: 143), un sujeto que tiene el mismo valor ontológico que yo por el mero hecho de ser un ser humano, aunque sea diferente.

En este discurso que se construye a partir de la visión del «argentino», queda afuera la visión del indio. Y no es un detalle menor ya que sólo la

literatura argentina de los últimos años empieza a dar cabida a voces disidentes. Aún así, estas voces nuevas critican la Campaña del Desierto o subvierten la concepción de la misma; no son reacciones que surjan de la palabra de los propios indios. No hay una escritura indígena que ponga de manifiesto la experiencia de la Campaña en su momento ni tampoco la hay ahora. Las voces críticas también están, de esta manera, mediatizadas. Y para la construcción de la Historia y de la identidad, sólo tenemos una versión que es la oficial y es la que en gran medida, se acepta tácitamente, aún luego del revisionismo. El Informe Oficial de la Comisión Científica que acompañó al Ejército Argentino habla de la Campaña de 1879 como el acontecimiento que consiguió

«(...) la supresión de los indios ladrones que ocupaban el Sur de nuestro territorio y asolaban sus distritos fronterizos: es la campaña llevada a cabo con acierto y energía, que ha dado por resultado la ocupación de la línea de Río Negro y del Neuquén»³.

Y añade que:

«(...) era necesario conquistar real y eficazmente esas 15.000 leguas, limpiarlas de un modo absoluto y sellar la toma de posesión por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas».

En este informe subyace el pensamiento de la generación de Mansilla, ¿cuál sería para un intelectual y militar afrancesado la visión del *Otro* más que un enemigo al que hay que exterminar, aunque por momentos nos haga dudar afirmando lo contrario? El Informe parece más una declaración de intenciones y un verdadero manifiesto del pensamiento de la sociedad argentina de fines del siglo XIX. Culmina diciendo que:

«(...) los esfuerzos que habría que hacer para transformar estos campos en valiosos elementos de riqueza y progreso, no están fuera de proporción con las aspiraciones de una raza joven y emprendedora; por otra parte, que la superioridad intelectual, la actividad y la ilustración que ensanchan los horizontes del porvenir y hacen brotar nuevas fuentes de producción para la humanidad, son los mejores títulos para el dominio de las tierras nuevas. Precisamente al amparo de estos principios, se han quitado éstas a la raza estéril que las ocupaba».

Esta visión la comparte Mansilla en su texto: «(...) somos una raza privilegiada, sana y sólida, susceptible de todas las enseñanzas útiles y de to-

³ Párrafos del *Informe Oficial de la Comisión Científica* agregada al estado mayor general de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879, bajo las órdenes del general Julio Argentino Roca. Fuente: <http://usuarios.arnet.com.ar/yanasu/roca.htm>

dos los progresos adaptables a nuestro genio y a nuestra índole» (Mansilla, 1890). Impunemente, se autodefine como perteneciente a una raza superior y constantemente contrapone al criollo y al indio, al que pareciera superar en todos los aspectos, hasta en bravura: «(...) sobre todos los pensamientos, el que más me dominaba era éste: probarles a los indios en un acto de arrojo, que los cristianos somos más audaces que ellos, y más confiados cuando hemos empeñado nuestro honor» (Mansilla, 1890).

Subyacente, entonces, a la concepción del *Otro* en la obra de Mansilla, se encuentra la idea de que el enemigo es completamente extraño y, por lo tanto, se lo puede eliminar sin remordimientos y, paradójicamente, esta determinación de exterminio del *Otro* invierte o al menos nos hace pensar en la concepción del binomio civilización/barbarie ya que el lector crítico puede ver en la ocupación de los territorios indígenas cómo el blanco europeo se transformó él mismo en un bárbaro. Concepción crítica impensable en Mansilla y en los intelectuales de su generación. Sin la determinación de la superioridad del hombre blanco sobre el indio, la ocupación y el exterminio no hubieran sido posibles.

En esta dinámica de dominación, de la que Mansilla es un testigo que juega el papel de *dandy*, las posibilidades de los indios sólo se reducían a dos: 1. someterse por su propia voluntad y convertirse en siervos, y 2. ser sometidos por la fuerza y ser reducidos a la esclavitud (Todorov, 1982: 159). De esta dinámica se desprende que nunca se plantea la posibilidad de que el indio sea integrado dentro de un programa nacional para que sean ciudadanos argentinos, porque se siente verdadero horror a la posibilidad del mestizaje. Por lo tanto, llegamos a otra conclusión —que será mejor indagada por el revisionismo— de si en verdad la Campaña del desierto fue una guerra de fronteras o un verdadero genocidio. En este sentido, hay posiciones encontradas: aquellos que argumentan que se trató de un genocidio partiendo de la base de que «el fin de una guerra no es exterminar al enemigo sino desarmarlo»⁴. Mientras que los que están en desacuerdo con la tesis del genocidio afirman que no puede aplicarse un concepto del derecho internacional surgido con posterioridad a los hechos que se tratan. Pero no hablamos de un simple debate conceptual sino que un determinante importante en la visión o, al menos, en la percepción de la Campaña del desierto como un genocidio reside en la «visibilidad-invisibilidad» de la víctima. Hoy en día, se sigue negando desde muchos sectores de la sociedad argentina que la Campaña no haya estado justificada ya que hay un completo desconocimiento por parte del pueblo en general de las culturas autóctonas y, por otra parte,

⁴ Cita de KARL VON CLAUSEWITZ (1792-1831), Mayor General del ejército prusiano, reconocido por su tratado militar *De la guerra* publicado entre los años 1816 y 1830.

la sociedad argentina actual inconsciente o conscientemente comparte el ideal de que el prototipo de hombre argentino es blanco y europeo. Basta visitar Argentina para comprobar que esto no es así. Si bien es cierto que la población indígena ha mermado considerablemente, también es cierto que el proceso de mestizaje y la llegada de inmigrantes procedentes de países limítrofes como Paraguay, Bolivia o Perú han colaborado a este mestizaje. Y no es un dato menor que estos inmigrantes sean, en la Argentina actual, el nuevo *Otro* que se contrapone con nuestra construcción discursiva y mental de nuestra nación ideal. Mansilla habla claramente (y con aparente actitud crítica) sobre el tema del exterminio:

«(...) hay quien sostiene que es mejor exterminarlos, en vez de cristianizarlos y utilizar sus brazos para la industria, el trabajo y la defensa común, ya que tanto se grita de que estamos amenazados por el exceso de inmigración espontánea» (Mansilla, 1890).

Las palabras de Mansilla ponen además de manifiesto quién sería el nuevo *Otro* «invasor» años más tarde.

La descripción de los indios siempre se realiza mediante términos privativos. Se afirman sólo estados psicológicos y no configuraciones sociales o culturales que permitan comprender las diferencias con nuestra propia forma de ser (Todorov, 1982: 177). Esta actitud hacia los indios implica un alto grado de estereotipación. Aún cuando Mansilla halaga el comportamiento de alguno de ellos, lo hace para ratificar que la existencia de un indio bueno es algo inusual:

«(...) *Linconao*, que así se llama, es un indiecito de unos veintidós años, alto, vigoroso, de rostro simpático, de continente airoso, de carácter dulce, y que se distingue de los demás indios en que no es pedigüeño. La excepción confirma la regla» (Mansilla, 1890).

La imagen de los indios como «pedigüeños» se repite varias veces en el texto y se insiste sobre otros defectos como:

1. Que son desconfiados: «(...) pero no beben, ni fuman cuando no tienen confianza plena en la buena fe del que les obsequia, hasta que éste no lo haya hecho primero» (Mansilla, 1890).
2. En muchos pasajes se acentúa el carácter bárbaro de los indios como en éste: «(...) le entregaron la yegua, la carnearon en un santiamén y se la comieron cruda, chupando hasta la sangre caliente del suelo» (Mansilla, 1890).
3. También se hace alusión al hecho de que son mentirosos: «(...) el indio era muy ladino» (Mansilla, 1890).

4. Incluso, se llega a afirmar que la inteligencia de los indios es inferior: «(...) ¿qué tenía de raro que un pobre indio creyese tales patrañas?» (Mansilla, 1890).
5. En muchos momentos, se relata la afición de los indios por la bebida: «(...) por beber posponen todo» (Mansilla, 1890).
6. Otro de los defectos señalados en la obra de Mansilla es el de que son indiscretos e interesados: «(...) no hay indio que no sea poseedor de uno o unos cuántos secretos, sin importancia, quizá, pero que no descubrirá sino por interés» (Mansilla, 1890).

Todorov propone una tipología de las relaciones que se pueden establecer con el *Otro* y no se producen en una sola dimensión sino que hay que distinguir al menos tres ejes:

1. Juicio de valor;
2. Acción de acercamiento o de alejamiento en relación con el otro, y
3. Conozco o ignoro la identidad del otro (Todorov, 1982: 195).

Cada uno de estos ejes puede rastrearse en la obra de Mansilla.

El juicio de valor sobre los indios está siempre presente y es siempre anterior, es decir, dominado por la preconcepción que el autor ya tiene sobre esta comunidad. Mansilla se acerca a los indios desde esa superioridad que considera obvia y que es concebida justamente a partir de este juicio de valor. Se acerca superficialmente al otro, demuestra respeto ante las comunidades autóctonas más motivado por sus costumbres protocolares y por sus modales afrancesados que por un verdadero aprecio, ya que sus comentarios para el interlocutor rectifican a cada instante este comportamiento cordial hacia el *Otro*. Jamás se siente identificado con ellos. ¿Conoce la identidad del *Otro*? Ciertamente no, aunque su pedantería permita sacar conclusiones de todo tipo a este respecto. No sólo ignora la identidad del *Otro* sino que esta ignorancia es fundamental para llevar adelante el propósito del gobierno argentino. Notamos, sin embargo, en Mansilla una actitud contradictoria. Vemos —como dijimos antes— que lo «bárbaro» le atrae de alguna manera, como si hubiese una especie de envidia hacia la libertad del indio de escapar de las imposiciones sociales:

«(...) yo era emperador de los ranqueles. Hacía mi entrada triunfal en Salinas Grandes. Las tribus de Cafulcurá me aclamaban. Mi nombre llenaba el desierto preconizado por las cien leguas de fama. Me habían erigido un gran arco triunfal» (Mansilla, 1890).

La ceremoniosidad de los indios que antes criticaba, ahora pareciera fascinarle.

Es cierto también que como buen hombre de mundo se adapta a todo tipo de situaciones: habla con los indios, toma parte en sus ritos, come con ellos. Pero la identificación no se completa —desde luego— porque hay cierta *gracia* para Mansilla en participar de estos espectáculos, como si fuera una más de sus aventuras. El contacto es sólo superficial. Aún en las palabras de condescendencia que —dijimos— tiene a veces para con los indios, esta actitud no es más que la afirmación de su propia identidad cultural. Por lo tanto, el juicio de Mansilla no es ambiguo o contradictorio sino una mera pose para impresionar a sus interlocutores.

4. EL OTRO EN EL ESPACIO: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DEL DESIERTO

Es interesante analizar cómo a través de la construcción discursiva puede otorgársele entidad real a una realidad inexistente. En este caso, los hombres del 80 que llevaron adelante la campaña para anexionar los territorios indígenas al dominio de la República Argentina denominaban «desierto» a dichos territorios cuando la realidad es que poco tenían de desiertos: estaban habitados por las poblaciones autóctonas. Llamar «desierto» a estos territorios fue la forma de justificar la conquista a partir de la anulación del *Otro*. El *Otro* no existe, ni importa, ni tiene entidad; y si no existe, el territorio que habita está desierto. Es decir, que previamente a la formulación del plan de anexionar estos territorios para integrarlos en un proyecto nacional, fue necesario establecer que allí había un vacío sobre el cual era posible y necesario construir un modelo de país. En este sentido, se lleva a cabo un acto performativo en la lengua, se construye una realidad lingüística que suplanta a la Realidad. Esta idea de que La Pampa y la Patagonia argentinas eran sitios desérticos se instala, a su vez, en el imaginario colectivo de la sociedad a través de un trabajo de repetición y de inscripción: en este cometido, la literatura tuvo mucho que ver, ayudando a recrear simbólicamente el añorado territorio usurpado ilegítimamente por los bárbaros. La lengua vacía el territorio e inscribe una ausencia en un lugar donde nada estaba ausente. El desierto podría definirse, de esta manera, como un acto discursivo.

En esta imagen del espacio también se construye la identidad del *Otro*, esta vez a través de su «no existencia». Si se hace al indio invisible, entonces el lugar que habita es un desierto, efectivamente. Esta percepción del *Otro* como algo que «no existe» trae consecuencias concretas como la necesidad y la justificación de su exterminio a la vez que se niega la culpabilidad del

conquistador, ya que aquello que se destruye, no se destruye en realidad porque no tiene entidad.

Por otra parte, no podemos dejar de lado que en toda decisión política hay una complicidad por parte de la sociedad que calla o que asiente compartiendo el modelo del gobierno. De esta forma, la Conquista del Desierto es posible porque la sociedad argentina de fines del siglo XIX tenía en su imaginario la pintura de este *desierto*. La circulación de ficciones por parte del gobierno argentino dio sus frutos en el ánimo de la gente. Esteban Echeverría en «La Cautiva» plantea que el fin del desierto estaría marcado por la implantación de un sistema capitalista y esto ocurre cuando cambia la denominación de «desierto» por «campo argentino». Lo que antes era desierto ahora es un campo capaz de dar frutos porque ha sido regado por la civilización.

En varias oportunidades se utiliza la metáfora del desierto en el relato de Mansilla. Y esta construcción a partir de la cual se justificó la Campaña, no fue tomada por estos hombres como un mero lance patriótico sino también como un medio para instaurar en la República Argentina el modelo económico liberal que consolidaría, además, la conformación de la oligarquía argentina, depositada en aquéllos que poseyeran la tierra, fundamentalmente, la zona de la próspera pampa húmeda:

«(...) la visión de la Patria se presenta; pensé un instante en el porvenir de la República Argentina el día en que la civilización, que vendrá con la libertad, con la paz, con la riqueza, invada aquellas comarcas desiertas, destituidas de belleza, sin interés artístico, pero adecuadas a la cría de ganado y a la agricultura» (Mansilla, 1890).

5. CONCLUSIONES

1. La visión del indio en la obra de Mansilla puede ser criticada desde una perspectiva antropológica actual, pero difícilmente pueda ser juzgada con imparcialidad. Para empezar, hemos evolucionado como sociedad y lo que ahora nos resulta una aberración, no lo era —de hecho— para los ciudadanos argentinos del siglo XIX.
2. Es verdad que se ha justificado la campaña contra los indios en pro de la conformación de una Nación. Lo cierto es que todas las naciones tienen, en su origen, sangre en las manos ya que las guerras son indispensables para el avance de la historia.
3. Es necesario ver este período con ojos críticos pero al mismo tiempo intentar filtrar la información de manera que podamos acercarnos lo más posible a la mentalidad preponderante en la época en que estos

acontecimientos tuvieron lugar e intentar aprender cuáles son las posibles consecuencias que surgen a partir del desconocimiento del *Otro*.

4. Es cierto que Occidente ha impuesto, en gran medida, su identidad cultural aunque cada vez se tienda más hacia un modelo globalizado, en donde economías emergentes también van introduciendo en nuestros países algunos de sus elementos culturales. Basta con ver el impacto que Asia está teniendo sobre Occidente.
5. Aún así, estos intercambios todavía se dan en un plano muy superficial ya que el modelo mental, al fin de cuentas, sigue siendo el occidental, en gran parte, también, porque documentos como la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que son violados en muchos países de Oriente, están basados no ya en un simple modelo mental sino en una concepción antropológica que considera que el valor del individuo está por encima de todas las cosas. Aún así, estamos cansados de ver cómo en países democráticos y desarrollados se siguen violando con impunidad estos derechos.
6. En el caso de Argentina, el problema en relación a la alteridad es sintomático y digno de un análisis más profundo. En su momento los indios fueron los *Otros* y surgió la necesidad de exterminarlos en aras a la construcción discursiva de una identidad y de un modelo de país, y se pasó de un discurso a una práctica efectiva. La denominación de «desierto» a los territorios ocupados por los indios empieza como práctica discursiva para instalarse en el imaginario colectivo y finalmente, plasmarse en una realidad concreta.
7. Cuando los indios fueron reducidos aparecieron otros agentes subversivos que a lo largo de la Historia Argentina también fueron exterminados. Basta recordar el imaginario que ronda en torno a la figura del inmigrante, como podemos constatar en obras de fines del siglo XIX como «En la sangre» de Eugenio Cambaceres. Luego fue el Peronismo; la Revolución Libertadora no sólo derroca al gobierno del general Perón sino que lo proscribió.
8. En la Historia más cercana y más sangrienta, tenemos el genocidio⁵ llevado a cabo en la Argentina entre los años 1976 y 1983, en donde nuevamente no hay muertos sino desaparecidos: «(...) los desaparecidos no existen, no están, no tienen entidad»⁶. Así es como hablaba Jorge

⁵ Artículo de prensa aparecido en el *Diario La Nación* el 10 de octubre de 2007. Por primera vez, un juez federal sienta jurisprudencia denominando genocidio a los asesinatos de militantes cometidos en Argentina durante el autodenominado. Proceso de Reorganización Nacional. Fuente: http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=951794.

⁶ Palabras del ex dictador argentino Jorge Rafael Videla en una entrevista concedida al diario Clarín el 14 de diciembre de 1979.

Rafael Videla de los *Otros*, negándolos y justificando el premeditado plan de exterminio.

9. La Historia ha tomado nota de todos estos acontecimientos. Muchos de ellos se han ido de alguna manera subsanando. Sin embargo, la forma de ejercer la violencia varía en cada momento y hoy en día sucede algo bastante parecido con los pobres marginados en villas de emergencia, en la periferia de las grandes ciudades, de los que no se habla y nuevamente desaparecen, no existen ni para la sociedad, ni para los medios, ni para los gobiernos. No se los mata pero se los ignora. Y también ésta una forma de darles muerte, aunque esta muerte sea simbólica.
10. La Historia puede ser ejemplar, porque nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre nuestra forma de acercarnos al otro como individuos y como sociedad. Y conociendo y aceptando nuestra Historia corremos siempre con la ventaja de no volver a repetir los errores del pasado. Aunque a veces, como en el caso de Argentina, el rol del otro sólo se desplaza hacia un nuevo agente social, como si la exclusión y la afirmación a través de la negación («yo no soy el otro») fueran las únicas vías de consolidar nuestra identidad como Nación.

BIBLIOGRAFÍA

- DELFIN GUILLAUMIN, M., *La representación de las cautivas en la plástica y la literatura argentina decimonónica: Echeverría y Rugendas, Hernández y Della Valle*, Ciberjob, [30/06/2011], <http://www.ciberjob.org/mujeres/historia/cautivas.htm>.
- FERRÁNDEZ CASTELEIRO, D. M.^a (2009), «Reformulación del estereotipo indígena procedente de la tradición literaria argentina en la obra de César Aira», *Revista Garoza*, 9: pp. 53-67.
- Mansilla, L. V. (1890), *Una expedición a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Biblioteca Ayacucho, 1957.
- NÚÑEZ, J. «La ficción fundó el desierto», *Diario Clarín*, [30 de junio de 2011], http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/fermin_rodriguez_0_379762056.html.
- TODOROV, T. (1982), *La conquista de América: el problema del otro*. México: Siglo XXI Editores.